

En suma, como ya hemos señalado al inicio, nos encontramos ante una obra muy interesante, bien estructurada y, sobre todo, muy novedosa, de tal manera que sería muy provechoso que se produjera una continuidad sobre este tema en posteriores investigaciones.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

O'MALLEY, JOHN W., S.J., *Historia de los papas. Desde Pedro hasta hoy* (Sal Terrae, Santander 2010), 375p., ISBN: 978-84-293-1900-2.

No resulta fácil resumir en poco menos de cuatrocientas páginas el legado de los 265 pontífices que la Iglesia ha tenido a lo largo de su Historia, pero el jesuita O'Malley se lo ha propuesto y el resultado es una obra francamente accesible para el lector. El propio autor es el primero que reconoce que su objetivo ha sido, en esencia, ofrecer una historia del papado que «(...) aclarara la línea histórica básica de modo accesible para el lector medio». En ese sentido, los dos mil años de existencia que la máxima figura dentro de la Iglesia Católica tiene muestran un abanico tan variado de situaciones que desde el inicio mismo de la obra el autor había de tener muy clara la línea a seguir y, sobre todo, las prioridades que había de marcarse. Así, al considerar como gran objetivo el contar la Historia «del modo más directo posible», O'Malley ha tenido que dejar de lado muchos elementos que le hubiera gustado incluir.

La obra se estructura en torno a un prólogo, a una introducción, seis partes fundamentales, un epílogo, una lista de todos los pontífices que han estado al frente de la Iglesia y, finalmente, un índice. Así, O'Malley comienza afirmando que el papado, a pesar de ser la institución en activo más antigua del mundo occidental, se encuentra hoy «(...) tan viva como quizá nunca lo estuvo en toda su historia». Sin embargo, la plena vigencia de esta institución no debe llevar a ocultar su pasado: mientras algunos de los que han estado al frente de ella pueden ser considerados merecedores de la santidad, hay otros cuya calificación está por muy debajo de la anterior. Por otra parte, los dos mil años de existencia no han evitado una transformación del papel que éstos han desempeñado: por ejemplo, actualmente los papas nombran a los titulares de las sedes episcopales, pero no ha sido siempre así. Por ejemplo, algo tan destacado como son las encíclicas, recuerda O'Malley que es un tipo de documento que sólo ha sido escrito en los últimos ciento cincuenta años. Y qué decir de los viajes que actualmente realizan, lo que sólo ha sido posible gracias a los avances en los medios de transporte.

Frente a todo esto se sitúa el antiguo papel desempeñado por el Papa, y que consistía en tareas tan variadas como evitar la profanación de las tumbas de San Pedro y San Pablo o proteger a la ciudad de Roma y sus territorios circundantes de enemigos extranjeros. Como también ha cambiado la denominación que los propios papas se daban a sí mismos: si durante mucho tiempo se les llamaba «Sumo Pontífice», ahora la expresión más querida y reiterada (añadida personalmente por Pablo VI a la lista oficial) es la de «Siervo de los Siervos de Dios». Porque fue precisamente esta expresión la que mejor responde a la actitud de Cristo ante Pedro y los demás apóstoles cuando en la Última Cena decidió lavar sus pies y les dijo que ellos debían hacer lo mismo por los demás si querían ser discípulos suyos.

Según O'Malley, la historia de Pedro y del papado no comienza en Roma, sino con el Nuevo Testamento, porque es precisamente allí donde se relata el papel central que Pedro tiene entre los primeros seguidores de Jesús y es concretamente ahí donde Él le designa como «piedra» sobre la que edificará su Iglesia. Más allá de las posibles contradicciones en su actuación (en particular sobre su auténtico liderazgo dentro del grupo de los apóstoles), O'Malley considera «inconcebible» que Pedro, un apóstol, pudiera ir a Roma, entonces la capital del Imperio Romano, y no desempeñara un papel clave en la comunidad cristiana que allí se había creado. Lo que le convertiría en el primer Obispo de Roma (como cabeza visible de esa comunidad) y, por tanto, en el primer Papa.

Sin embargo, fue necesario un largo período de tiempo para que la estructura jerárquica de la Iglesia fuera realmente articulándose. Ya durante el pontificado de Calixto I (217-222 d.C.) pudieron detectarse disensiones internas dentro de la comunidad cristiana, así como se pusieron de manifiesto diferentes enfoques de la disciplina eclesial, lo que alteraría la paz interna de la Iglesia. Ello explicaría la existencia de fenómenos que volverían a repetirse, nos estamos refiriendo a los célebres cismas. La resolución de estas divergencias comenzaría a ser particularmente urgente cuando se produjera, primero, la tolerancia del Imperio Romano hacia la religión cristiana y, finalmente, su conversión en religión oficial. En relación con ello, O'Malley analiza en profundidad la era constantiniana como una época de grandes beneficios para la Iglesia universal, pero también un tiempo donde la figura del pontífice quedó bastante eclipsada. En todo caso, en el momento de fallecer Constantino (337 d.C.), parecía claro que la Iglesia había entrado, a juicio del autor, «en una era dorada».

De aquella «edad dorada» se pasó a la crisis, a pesar de lo cual este tiempo arrojaría un Papa que recibió una calificación que, para O'Malley, sólo dos pontífices pueden recibir: la de «Magno». En efecto, León Magno no fue ningún «genio» ni un «pensador particularmente profundo», pero tuvo el valor y el arrojo de defender la ciudad de Roma de dos enemigos tan peligrosos como Atila y Giserico. Desde entonces, la llamada *Ciudad Eterna* comenzaría a sentir una identificación con la figura del Papa que, con las inevitables variaciones a lo largo de la Historia, se ha mantenido hasta nuestros días.

El otro Papa considerado «Magno» fue Gregorio (590-604), y le tocó serlo en un tiempo en que Roma vivía tiempos muy diferentes, alejada de su esplendor de siglos pasados. Hombre de vida monástica (vida que, por cierto, tanto promovió), Gregorio se ganó el respeto y el aprecio de los romanos con la intensa labor que ésta desarrolló para combatir las hambrunas que la población sufría, y ello a pesar de que siempre tuvo muy mala salud. Lo que por sí sólo justificaría que fuera enterrado en San Pedro con el epitafio de «El Cónsul de Dios».

Quizá uno de los elementos más destacables de la obra de O'Malley es su capacidad para entrelazar la historia de los diferentes pontífices con el contexto histórico en el que hubieron de desarrollar su labor. Este jesuita demuestra tener un excelente conocimiento de cada etapa histórica, con un sentido crítico ya comentado que permite dar mucha calidad y envergadura a la obra. Ese sentido crítico se pone particularmente de manifiesto cuando tiene que abordar una época tan delicada como la medieval, a la que califica de la era en la que hubo de vivirse «la hora más oscura». Hasta el punto de que hubo de «salvarse al papado de sí mismo». O'Malley no puede ser más claro: Juan XII

(955-964) escandalizaba incluso a la sociedad romana de su tiempo con su dedicación continua a todo tipo de «placeres» y «libertinajes». Sin embargo, el destino depararía en poco tiempo un nuevo pontífice, León IX, que rápidamente puso todo en orden. Sólo fueron cinco años de pontificado (1049-1054), pero el suficiente tiempo para que el autor considere su pontificado como «realmente decisivo».

Fue también durante la Edad Media cuando tuvo lugar aquel gran fenómeno histórico en directa relación con el Papado: las Cruzadas. Pero también fue el tiempo de grandes eventos eclesiales, como los concilios (que cierto es que no arrancaban de la Edad Media, sino de la Edad Antigua, pero que cobrarían especial fuerza durante estos siglos), y de situaciones realmente inverosímiles, como fue la existencia de tres papas a la vez (el tiempo de Avignon, que O'Malley califica acertadamente de «cautividad babilónica»).

Sin embargo, la Historia había de deparar a los papas un hecho todavía más importante y de mayor calado: la Reforma. A partir de la actuación de un monje alemán, Martín Lutero, y de una falta evidente de percepción de hasta qué punto debían producirse cambios en el interior de la Iglesia, el cristianismo vivió un tiempo de extraordinarias dificultades, que habría de resultar decisivo. Destaca el autor, para bien y para mal, el papel desempeñado por Pablo III (1534-1549), tanto en la promoción de las artes como en su ataque a la Reforma, y considera todo un acierto la convocatoria de un Concilio, el de Trento, que fue muy bien recibido en muchos sectores de la Iglesia al considerarse que podía dar respuesta al conflicto creado décadas antes. En conexión con ello, y a sabiendas de que una «Contrarreforma» sólo era posible con la acción conjunta de las nuevas órdenes religiosas (entre las que ya destacaba la *Compañía de Jesús*), Pablo III dejó el camino abierto para una recuperación del terreno perdido. Así, para O'Malley el Concilio de Trento supuso un nuevo tiempo para la Iglesia: aunque no siempre sus decretos fueron llevados a cabo con la constancia y esmero necesarios, quedaba claro que había determinadas actitudes que ya no serían toleradas (O'Malley se expresa de manera muy gráfica al hablar de una «nueva seriedad moral y religiosa»). El papado había cambiado: ahora se buscaba más la santidad, frente a la «moral fácil». Aunque ello no evitaría la existencia de antiguos abusos, como el nepotismo y la dejadez en relación con ciertas dispensas.

La Edad Moderna concluiría con uno de los momentos de mayores dificultades que hubo de sufrir el papado como institución: la derrota ante los ejércitos de Napoleón Bonaparte. Hasta el punto de que Pío VI (1775-1799) acabó preso en una fortaleza de la ciudad francesa de Valence (por cierto, no muy lejos de Avignon) y, en el momento de fallecer, su cuerpo embalsamado ni siquiera recibió cristiana sepultura. Con su sucesor, Pío VII, seguiría la humillación pero también sería con él con quien se produjera la rehabilitación personal y de la institución del Papado. Rehabilitación que pasó por la reconciliación con el propio Napoleón, con quien se firmaría un Concordato en el año 1801. Toda una etapa de confrontación y finalmente reconciliación que es descrita con agilidad y amenidad por el autor.

Es así como se entra en la Edad Contemporánea, donde persistiría durante mucho tiempo el enfrentamiento entre catolicismo y liberalismo. A lo que habría que añadir nuevos problemas como el surgimiento de una sociedad de clases donde un nuevo grupo social, el proletariado, se convertiría en el nuevo reto para la Iglesia. Reto que sería afrontado con decisión por León XIII (1878-1903) y su célebre encíclica *Rerum*

*Novarum*, mientras que Pío X (1903-1914), según O'Malley, fue quien hubo de abordar el problema de la relación de la Iglesia con la cultura moderna.

El autor dedica un último apartado a los pontífices más próximos en el tiempo: Pío XII (1939-58), Juan XXIII (1958-63), Pablo VI (1963-78) y Juan Pablo II (1978-2005). En el caso de Eugenio Pacelli, O'Malley entra de lleno en el problema del Holocausto, y lo hace para señalar que Pío XII utilizó la única vía que realmente era capaz de manejar precisamente por su trayectoria anterior a ser Papa: la diplomática. En ese sentido, puede que lo que dijera en los años 1942 y 1943 sonara, en palabras del autor, «un tanto blando y tremendamente abstracto», pero, a su juicio, fue lo suficientemente concreto como para «enfurecer a los nazis». No obstante, el debate sobre si pudo hacer más o no considera O'Malley que quedará permanentemente abierto.

Juan XXIII será siempre recordado como el Papa que tuvo la audacia de convocar el Concilio, evento que es calificado por el autor como «la mayor asamblea en la historia del mundo»: no la mayor reunión, sino la mayor *asamblea*, en el sentido de conjunto de personas convocadas para tomar decisiones de la mayor trascendencia para la Iglesia universal. De ahí que O'Malley vea a Juan XXIII como el Papa de la «paz y de la reconciliación». Mientras, su sucesor, Pablo VI, corre el peligro, según el autor (a quien no faltan a veces evidentes dosis de humor), de ser un «papa olvidado» por encontrarse entre dos pontífices «superstars» (expresión literal del autor). Le califica, en todo caso, de pontífice «en aprietos» que trató de adaptar a la Iglesia a las exigencias del mundo moderno y quien hubo de presidir el proceso, en ocasiones francamente doloroso, que dicha adaptación conllevó.

El último Papa objeto del relato histórico de O'Malley es un feroz enemigo del comunismo, Juan Pablo II, cuya elección no puede ser explicada sin tener en cuenta precisamente su pasado de lucha contra el totalitarismo que esta ideología representaba. Sin embargo, el autor considera que su enérgica lucha contra el comunismo no debe ser vista como una actitud, al mismo tiempo, favorable al Occidente capitalista, y para demostrarlo pone como prueba de ello dos de sus encíclicas —*Dives in Misericordia* (1980) y *Solicitudo rei socialis* (1988)—, en las que se tachaba de tan defectuosos el «capitalismo liberal» como el «colectivismo marxista». En ese sentido, O'Malley afirma que Juan Pablo II se sintió literalmente «consternado» cuando, en su visita a Polonia en 1991, ya con el comunismo caído, pudo comprobar cómo sus compatriotas sucumbían rápidamente ante las tentaciones del materialismo y el consumismo occidental.

El autor concluye su relato con una mención al actual Papa, Benedicto XVI, cuyo pontificado se inició en abril de 2005, elogiando particularmente su visita a los Estados Unidos en la primavera de 2008 por los importantes conflictos que había en relación con la actuación del clero de este país. Así, O'Malley considera que también con Benedicto XVI la Iglesia está entrando en una nueva era y, con ella, la figura del papado. En todo caso, lo que el autor tiene muy claro es que la historia del papado no es la historia del catolicismo.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que, como ya hemos dicho al inicio, ha tenido el principal mérito de abarcar en poco menos de cuatrocientas páginas nada menos que dos mil años de Historia, y lo ha hecho con la suficiente profundidad como para darle al libro una solidez que debe ser resaltada. Lo que convertirá en una obra de referencia en un tema que sigue generando gran interés entre los especialistas en esta institución.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.